



Una reflexión a favor de la abstención

Por Saúl Rivera

No es ningún secreto, la política es una actividad que ensucia las manos. La persona que desee jugar ese juego tendrá que estar dispuesta a renunciar a sus principios morales con tal de conseguir sus objetivos, esa fue la gran enseñanza de Maquiavelo, que en el siglo XVI delineó la frontera entre la praxis política y los postulados de la doctrina cristiana. Lo *maquiavélico* adquirió desde entonces y de manera injusta una connotación negativa y perversa, como si la obra del autor florentino fuera un recetario para los tiranos.

Conocer el funcionamiento de los engranajes del poder no hizo de Maquiavelo un maestro para los déspotas, su intención pedagógica estuvo sustentada en un proyecto: construir un Estado lo suficientemente fuerte para unificar a Italia, restaurar la república y organizar la voluntad colectiva del pueblo.

Los políticos profesionales del México contemporáneo no son maquiavélicos sino pragmáticos en exceso, irónicamente sus acciones carecen de sentido político y tienen la intención exclusiva de satisfacer sus aspiraciones personales o del pequeño grupo al que pertenecen, solo así se entiende la generalizada corrupción y la normalización de la impunidad que acompaña la función pública.

En la boleta electoral no existe un solo proyecto que vislumbre el devenir histórico de las mayorías, es decir, un plan a largo plazo que formule un cambio sustancial de las condiciones que aquejan al país. Lo que sí se manifiesta ante la ciudadanía es un proceso de reacomodo de la clase gobernante en función de los intereses de la oligarquía, de aquellas 10 familias que concentran el 80 por ciento de la riqueza nacional.

En ese escenario la participación ciudadana queda limitada estrictamente a la emisión de un voto que legitime el reajuste interno de la clase política.

Cambiar para no cambiar

La información que a unos otorga confianza puede relevar algo más cuando se examina con ojo crítico. ¿Cómo interpretar los pronósticos de **Moody's o Standard & Poor's** cuando no prevén grandes riesgos para México gane quien gane la elección presidencial?

Si para las agencias calificadoras no hay incertidumbre es porque el modelo económico vigente no corre ningún riesgo, por lo menos no más allá de lo normalmente aceptado por el propio sistema, en otras palabras y pese a cualquier discurso que pretenda ser *antisistémico*, quien gane la próxima elección no hace peligrar el tipo neoliberal de acumulación y concentración de la riqueza, el mismo que ha dejado en las últimas tres décadas un saldo de más de 50 millones de personas empobrecidas a partir de la superexplotación laboral, la extracción y administración privada de recursos estratégicos, el despojo de territorios y desplazamiento de poblaciones incómodas para el capital, así como la paulatina desaparición del Estado social.

¿Qué significa que el candidato en el que confía una buena parte de la izquierda mexicana vea la pobreza como resultado de la corrupción y no como consecuencia de las contradicciones del propio sistema económico? ¿Qué implica echar por la borda más de un siglo de teoría política-económica? ¿Cuál será el resultado de explicar la complejidad de la sociedad a partir del reduccionismo facilón de la corrupción como el único problema nacional?

El desvanecimiento ideológico de los partidos políticos a nadie sorprende ya, lo que subsiste en las democracias representativas es el marketing político, el voluntarismo y las personalidades que solicitan el voto a cambio de un acto de fe, que por principio es irracional y por lo tanto carente, insisto, de cualquier sentido político.

Los protagonistas de la actual disputa han repetido hasta la saciedad que esta elección es por el cambio. La continuidad y el retroceso también son cambios, el reacomodo de las élites también lo es, lo que no se observa en el horizonte es una alternativa. Y es que por más pragmática que sea la política moderna hace falta siempre la utopía (cualquiera que esta sea) como brújula para la acción.

Votar o no votar es una decisión de cada quién, pero también corresponde a cada persona asumir la mayoría de edad que implica ser ciudadano, por supuesto más allá del 1 de julio. Sin efectos prácticos ni determinantes para el resultado de una elección, la abstención, cuando es pensada y no obedece únicamente a la desidia, es la expresión de una soberanía personal y la manifestación ética del legítimo descontento.